



## DON BENEDICTO LOPEZ.

---

Como Torres, los Villagrán, Aranda, etc., era Don Beneditino López un labrador rico que se lanzó á la revolución, no para medrar en ella, sino para perder, tranquilidad, fortuna, comodidades y la vida.

Don Benedicto López era nativo de Zitácuaro ó de sus cercanías, donde poseía extensos y productivos terrenos que abonados con su incesante trabajo le habían dado una mediana fortuna, de la que vivía en 1810. Habiendo llegado Hidalgo á Valladolid, y en marcha para México, se le unió Don Ignacio Rayón, que no sólo le llevó su persona, sino que procuró atraer á sus hermanos y clientes, uno de los cuales era López, al partido de la independencia; su propaganda dió resultado, pues mientras aquel seguía al Generalísimo á Guadalajara, Don Benedicto levantó una partida en Zitácuaro y consiguió que otras personas de las cercanías hiciesen otro tanto, al grado que á fines de 1810 estaba insurreccionado todo el país, que se extiende al Sur del Valle de Toluca, los minerales de ese rumbo y la comarca confinante que se extiende por el Sur de Michoacán y Norte de lo que ahora se llama Estado de Guerrero.

El Virrey, para tener expeditas las comunicaciones por ese rumbo, se vió en la necesidad de enviar una división á las órdenes del Capitán español Don Juan Bautista de la Torre, del Regimiento de Tres Villas. López, que se había situado en Zi-

Zitacuaro, rechazó allí fácilmente la tentativa que en 20 de Febrero de 1811 hizo el Teniente Torrescano para apoderarse de la población, y esperó la llegada de Torre, haciendo algunos rudimentarios trabajos de fortificación, no atreviéndose á salir de la villa por las continuas victorias que el realista obtuvo en los meses de Marzo y Abril y que causaron un abatimiento general en toda la región. El 22 de Mayo dió Torre el asalto, y envanecido con sus triunfos creyó sencillo obtener uno más; reclamemente cargó por la cañada de San Mateo y llegó á apoderarse del cerro del Calvario, donde los insurgentes tenían su artillería, pero rehechos éstos, dieron sobre él, rechazándolo al tiempo que López mandaba cortarle el camino y lo atacaba por la retaguardia; Oviedo, á su vez, cargaba por el frente. Torre se vió en peligro tal, que apresuradamente se confesó con su *compadre* el Cura Arévalo, que lo había metido en aquella angostura, y aunque siguió caminos extraviados, al fin cayó en poder de López, que quiso llevarlo á Tuxpan, pero en el camino fué muerto á pedradas por los indios, que querían vengar en él las atrocidades que había cometido en tres meses de campaña; muchos oficiales perecieron y otros cayeron prisioneros, consiguiendo después rescatarse, pues Don Benedicto no era sanguinario; toda la artillería de Torre se perdió, y de setecientos hombres que mandaba, los que no murieron cayeron prisioneros, quedando muy pocos para traer á México la noticia. El camino á Valladolid quedó á discreción de los independientes, y desde las goteras de la capital hasta las de aquella ciudad, no quedaron más soldados realistas que los pocos que en Toluca tenía el Corregidor Gutiérrez, y que no estaban en estado ni de defender siquiera la población.

Aquella victoria dió aliento á los insurgentes y Rayón, que estaba en Tuzantla con una pequeña partida, se dirigió á Zitacuaro, donde López, que no era ambicioso ni discoló, le cedió el mando y le entregó todos sus recursos. El Virrey, entre tanto, alarmado, movió algunas tropas del Norte

de México, y con la violencia posible formó un nuevo ejército que tomó del de Calleja, poniéndolo á las órdenes del Coronel Empáran y ordenándole que marchase sobre Zitácuaro, el cual era rápidamente fortificado por Rayón y por López. Este tomó parte en la acción de 22 de Junio, que dió por resultado que Empáran con sus dos mil hombres fuese rechazado y se viese obligado á regresar á México.

Estos triunfos valieron á Don Benedicto el grado de Mariscal de Campo, con el que concurrió á las reuniones que dieron por resultado la instalación de la Junta de Zitácuaro. Como era probable que la villa sufriese un nuevo ataque, López siguió fortificándola, y aunque Rayón á última hora comprendió que no podría sostenerse allí se resignó á quedarse por no chocar con aquel y con los indios, que la juzgaban inexpugnable. Sabido es que á pesar de los recursos acumulados allí, Calleja se apoderó del pueblo sin emprender un sitio y en un solo ataque, verificado el 2 de Enero de 1812. López, que defendió valientemente el punto que se le confió, sostuvo la retirada y fué á refugiarse á Tuzantla, pero como conocía bien el país y por allí tenía sus intereses, obtuvo de la Junta, que se había refugiado en Sultepec, que se le ratificase el nombramiento de Comandante de Zitácuaro, y trabajó bastante por repoblar el lugar, como lo consiguió; reanudó sus correrías por las inmediaciones, y en Agosto se batió en Tilostó y Malacatepec con una sección de las fuerzas de Castillo, que trataban de acercarse á la destruida villa; cuatro días después, (el 12) rechazó á esas y otras superiores fuerzas que se presentaron frente á ella para evitar su repoblación.

Esta ventaja le permitió seguir fortificando la villa y que durante todo el resto de ese año y en todo el de 1813 no fuese incomodado por los realistas y hasta que estuviese en disposición de dar asilo á Don Ignacio Rayón y á sus hermanos cuando sufrían algún revés. No concurrió al ataque de Valladolid, dado en Diciembre de ese año, pero sí sufrió sus consecuencias,

pues muy poco tiempo después se vió amenazado por los triunfantes ejércitos virreynales; Don José Antonio Andrade, con una fuerza de 600 hombres se presentó tan opinadamente, que obligó á López á dejar el pueblo y á huir hacia el Sur. Por entonces, la fortificación del cerro de Cóporo había adelantado bastante, y Don Benedicto la ayudó mucho y levantó una nueva partida, que puso á disposición de Rayón; con ella concurrió á la acción de Jungapeo ó de los Mogotes, en la que fue rechazado Llano. Después de este combate, López auxilió bastante al fuerte de Cóporo cuando estuvo sitiado, pero cansado de la revolución, disgustado con Rayón y desconfiando de sus compañeros, permaneció largas temporadas en completa inactividad, y su nombre para nada aparece en gacetas y crónicas.

Hasta 1817 dió nuevas muestras de actividad, con motivo de la llegada de Don Nicolás Bravo á Ajuchitlán, proponiéndose organizar alguna gente; López, para distraer á los realistas, atacó Zitácuaro, donde mandaba Don Pío Ruiz; queriendo éste acabar de una vez por todas, dispuso sus tropas en tres columnas y se dirigió á la hacienda del Canario, donde estaba López, pero éste logró batir la columna de Revilla, y aunque rechazado por las otras dos, consiguió escaparse. Puesto de acuerdo con Don Nicolás Bravo, lo ayudó cuando éste empezó á fortificar nuevamente el cerro de Cóporo y cuando fué atacado por Don Ignacio Mora, que fué rechazado, perdiendo cien hombres y cinco oficiales; también contribuyó á que Barradas, sucesor de Mora, fuese á su vez rechazado frente al cerro en el ataque que en Octubre de ese año intentó. En medio de la rápida pacificación de todo el Reino, que se iba consiguiendo, eran una nota discordante esos triunfos de los insurgentes en la provincia de Michoacán, así es que urgía acabar con ellos para que el país no volviese á estar intranquilo. Barradas fué reemplazado por Márquez Donallo, que llevó en su campaña al antiguo defensor del cerro, Don Ramón Rayón, y que estableció un severísimo bloqueo alrededor del fuerte.

Como en Cópore escaseasen los víveres, Don Benedicto pretendió introducirlos á viva fuerza, pero lo único que consiguió fué ser derrotado la noche del 29 de Noviembre, y caer en manos del indultado Don Mariano Vargas, que había militado en la insurrección á sus órdenes. Dos días después, el sitiador dió el asalto, que no fué resistido por los sitiados, los cuales al huir se precipitaron por el derrumbadero llamado Cuevas de Pastrana, pero allí cayeron en manos de los realistas, los que no cayeron precipitados desde lo alto del cerro. Bravo consiguió escapar, aunque muy maltratado, llegando á Huetamo, donde trató de reunir á los dispersos; el Lic. Ignacio Alas, preso de los insurgentes, Ordaz, los Carmona y otros jefes que de antemano habían entrado en pláticas para indultarse, quedaron libres, así como los doscientos setenta y siete prisioneros que habían hecho las tropas realistas; Rayón recibió el grado de Teniente Coronel; Márquez Donallo fué recomendado por tercera vez para el de Brigadier, y al ejército sitiador se le concedió un escudo con el lema: "Por la toma de Cópore."

El único sacrificado fué Don Benedicto López, á quien se fusiló al día siguiente de la victoria, cuando parecía natural, dado el carácter que la guerra había tomado, que se le perdonase la vida, imponiéndole un castigo cualquiera, como el destierro; pero el Gobierno español tenía que vengar en él las tres victorias de Zitácuaro, la de Jungapeo y las varias que había obtenido durante los dos sitios de Cópore, pues este insurgente fué de los pocos que tuvieron la fortuna de obtener frecuentes victorias sobre el enemigo y de ser él derrotado pocas veces, lo que le dió un gran prestigio entre los habitantes de la comarca, que siempre estaban dispuestos á militar bajo sus órdenes.